

Alfabetización ambiental sustentable vs. Políticas sostenibles

Mtro. Victor Hugo Salazar Ortiz¹

Planteamiento

Sin duda alguna uno de los temas que más preocupan en la actualidad, o al menos del que se habla mucho, es el del calentamiento global. Las opiniones acerca de este problema son divergentes. Hay quienes ven en este hecho un problema catastrófico irreversible, aun y cuando se empiecen a tomar medidas para intentar revertir el daño. Otros opinan y justifican lo que ocurre como un ciclo geológico evolutivo más del planeta. Hay otros que sugieren con optimismo que debemos cuidar el medio ambiente a través de un desarrollo sostenible que garantice y salvaguarde las políticas económicas y los estándares de confort actuales en los países del primer mundo, siendo a mi parecer, una visión equivocada que considera la problemática ambiental como un asunto poco prioritario y que puede ser fácilmente resuelto, *tal vez*, por nuevos desarrollos tecnológicos. Por otra parte existe una postura más *sensata* que propone un desarrollo sustentable a través del cual se consiga un trato responsable y armónico entre los seres humanos y el medio ambiente.

¿Cómo lograr un auténtico desarrollo sustentable? El logro de un desarrollo sustentable no puede alcanzarse a través de políticas gubernamentales que emplean solamente los Mass Media como vehículos de educación, esto por la “información” que hacen llegar a los ciudadanos, debido a que ésta resulta hueca y de poco impacto social, pero que sí funciona para que se justifiquen cuantiosas cantidades del erario público. Este tipo de actos políticos son los que hacen que los movimientos ecologistas se vean más como una forma y un modo de justificar recursos, que como solución a los problemas medioambientales que afectan realmente a la comunidad local y global, generando en la población poca o nula credibilidad al reto del cuidado medioambiental.

La adopción de un plan serio de responsabilidad política medio ambiental, tiene que reconocer, en primera instancia, que el problema existe y revisar cómo se presenta éste en

¹ Maestro en Filosofía, profesor tiempo completo del Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, 9 10 84 93, vhsalaza@correo.uaa.mx

la propia comunidad para buscar soluciones al mismo, sin adoptar o acoplar prácticas de otros sitios, a menos que éstas ayuden a resolverlo realmente. En segundo lugar se debe considerar que la solución al problema medio ambiental no se da desde la cúpula política, sino a través de la ciudadanía, pues en ella cae la responsabilidad de poner en práctica las políticas que se propongan. Éstas pueden enfocarse en dos niveles: informativas y educativas. Las informativas las vemos y escuchamos ya en los medios de comunicación; sin embargo los resultados son nulos o de muy poco alcance, pues no logran penetrar en la consciencia de la mayor parte de la ciudadanía.

En este trabajo lo que se propone es la puesta en marcha de una política educativa que ponga en práctica una alfabetización ambiental para toda la población, y de manera urgente a la población adulta, que es la que toma, por conducto de los políticos, los funcionarios de las administraciones, los industriales, los banqueros, los urbanistas, los académicos, etc., las decisiones e intervienen de forma activa sobre el medio. Dicha alfabetización debe hundir sus raíces en la ética, de tal manera que la consciencia cognitiva vaya acompañada de una consciencia moral que permita reconocer el valor de nuestras conductas para con nosotros y el medio ambiente.

Génesis de la nueva concepción de la naturaleza

El hombre se distingue jerárquicamente de las demás especies por su capacidad *racional*; ésta le permitió someter al mundo y a las especies animales que lo habitan, sin ninguna restricción moral, y podemos ver con vergüenza y frustración que en los albores del siglo XXI no existe ecosistema terrestre que el hombre no haya *pisoteado* y que incluso este planeta no le baste, pues la intención que el ser humano tiene de explorar otros mundos trasciende más allá del ámbito meramente científico, debido a que lo que se busca son reservas que se puedan explotar y sacar de otros planetas, cualquier tipo de recurso natural que tengan, y aunque suene ficticio, muy pronto estará obligado a hacerlo, al menos para ir en busca de agua, recurso primigenio para la continuidad de la vida. De hecho la más reciente exploración a Marte causó gran expectación por el hallazgo de Hielo, lo cual significaría, potencialmente la colonización futura de dicho planeta.

Las actividades de los seres humanos, otrora en armonía con la naturaleza, pues las sociedades agrícolas utilizaban y reutilizaban gran parte de lo que entraba a formar parte de

su vida, tomando solamente lo necesario y devolviendo a la naturaleza un volumen de residuos que podrían reintegrarse con facilidad en el ecosistema nuevamente; se vieron modificadas y alteradas, desde mediados del siglo XVIII, pues empezó un importante movimiento de migración hacia las ciudades, ya que en ellas surgió una nueva forma de producción diferente a la tradicional, pues se empezaron a utilizar máquinas para la fabricación masiva de productos de consumo. La principal característica de esta Revolución Industrial es como escribió Fromm en su libro *La revolución de la esperanza* que “el hombre aprendió a sustituir la energía viva (la de los animales y la de él propio) por la energía mecánica (la producida por el vapor, el petróleo, la electricidad y el átomo)” (1970:35).

Este cambio provocó que las *nuevas empresas* requirieran mano de obra a cambio de un salario y esto motivó a la gente a dejar las arduas faenas del campo y el trabajo familiar no remunerado para irse a las ciudades a trabajar. La vida campirana tradicional cedió su lugar a modernas ciudades rebosantes y con crecimiento acelerado. Los *nuevos ciudadanos* tenían labores físicamente menos exigentes gracias al trabajo mecánico. Debido a esta capacidad del ser humano para dominar la naturaleza y sacar los mayores recursos posibles de ella, se fueron destruyendo los ecosistemas con formas agresivas de explotación de los recursos naturales, muestra patente de ello es la agricultura, cada vez más *sofisticada*, ya que emplea abonos y pesticidas que irrumpen con el sentido esencial de la naturaleza convirtiéndola en un proceso cada vez más artificial e industrial; además se construyeron megápolis recargadas de vías de comunicación asfaltadas provocando serias transformaciones en el entorno.

Sociedades capitalistas cada vez más fuertes y arrasadoras van erigiéndose a la par del desarrollo técnico y científico. Principalmente en estas nuevas y vastas zonas industriales, los pobladores disfrutaron de las primeras máquinas de vapor, de novedosos medios de comunicación, diarios, telegramas, teléfonos. La vida cada día se vuelve más cómoda, pues se cuenta con servicios de agua, luz, drenaje. Pero al mismo tiempo que las ciudades crecen, y cuentan con estos servicios, se generan complicados y diversos problemas sociales como son: dar vivienda a una creciente población, llevar agua, alimentos, generar energía, deshacerse de la basura, etc. A esto hay que agregar que dicho crecimiento demográfico exige una mayor explotación de los recursos naturales cercanos, los cuales son llevados rápidamente al agotamiento a consecuencia de la tala, del exterminio de especies, de la explotación de los mantos acuíferos y de la sobreexplotación agrícola, ganadera y

marina. Las consecuencias de esta *explotación* resultan ser que, para satisfacer las necesidades de consumo de las metrópolis, hay que *explotar* zonas más lejanas, distanciando a su vez a los ciudadanos de la naturaleza que ignoran de dónde provienen los recursos que sostienen su vida citadina, y al no saber y conocer de dónde procede lo que posibilita su vida *industrial*, ven lo natural como algo ajeno y extraño. Para los ciudadanos lo artificial es ahora lo más natural.

La nueva naturaleza artificial responsable de la anti-naturaleza social

¿En qué consiste esta *nueva clase de naturaleza*? En una suplantación de lo artificial por lo natural, pues la sociedad contemporánea reconoce lo que está a su alcance como más natural, que lo Natural propiamente dicho. El agua entubada y embotellada es más agua, que la de un río, presa o lago; la luz eléctrica es más luz que la *luz natural*, es más se prefiere la artificial, pues incluso en un espacio con suficiente luz, vemos lámparas encendidas. Desde esta perspectiva las personas se sienten ajenas a la naturaleza, independientes de ella. Ven los ecosistemas desde la posición citadina y cómoda, ignoran y desconocen las posibilidades que la naturaleza establece y ayuda en su vida, así pues la mayoría se vuelve insensible y adopta conductas inconscientes hacia el medio ambiente.

Esta revolución industrial llevó a un desfasamiento en la relación del hombre con la Naturaleza, ésta deja de ser vista como algo en sí para pasar a ser algo utilizable, *disponible siempre* hasta en lo más elemental como son los alimentos. Muestra clara de esto es que el mercado local ha cedido, o mejor dicho, ha sido devorado por las grandes empresas paraestatales que nos obligan a comprar y consumir productos envasados y congelados, orillándonos a optar por éstos y sólo por éstos. Nuestra alimentación es cada vez más artificial, y lo extraño es que la preferimos por comodidad, convirtiéndola en una forma natural de subsistencia. Al respecto señalaba ya Heidegger a mediados del siglo XX en su ensayo *La pregunta por la técnica* que “Ahora hasta el cultivo del campo ha sido arrastrado por la corriente de un cultivar de otro género, un cultivar (encargar) que emplaza a la Naturaleza. La emplaza en el sentido de la provocación. La agricultura es ahora industria mecanizada de la alimentación” (1956).

Las sociedades urbanas contemporáneas no se dan cuenta del entorno Natural que les rodea, han optado por desembarazarse de él suplantándolo por un medio completamente

artificial, desconociendo que es precisamente a la Naturaleza a quien debemos la materia prima para crear nuestro mundo sofisticadamente industrial. A causa de vivir en dicho mundo nos olvidamos del Natural, creamos un sentimiento de completo alejamiento, tornándose más natural nuestra vida citadina. A la Naturaleza se le ve como algo lejano e inexistente, pues sólo nos acercamos a ella, en el mejor de los casos, como lugar de esparcimiento. Es así que al ser ajenos a la Naturaleza, sentimos también impropia nuestra responsabilidad hacia ella. En este tenor Víctor M. Toledo, en su artículo *El desafío planetario: integrar lo urbano, lo rural y lo natural*, comenta que “En la actualidad los niños de las grandes urbes tienden a olvidar el origen de lo que consumen y confunden con facilidad un ser viviente con un artificio industrial.” (2003: 173) Esto me hizo recordar una anécdota que me contó un padre misionero en Japón: un niño se encontraba jugando en el patio de su casa y de pronto vio un grillo. Lo atrapó, fue corriendo con su mamá y le pidió un frasco para guardarlo. Con el paso del tiempo el grillo murió, pero para el niño japonés, sólo había dejado de funcionar, entonces pidió a su mamá que por favor le cambiara las pilas. Esta anécdota me parece que ilustra con mucha claridad ese distanciamiento de las nuevas generaciones, respecto a la Naturaleza.

Hasta hace poco nadie había señalado el desapego que se venía gestando entre seres humanos y Naturaleza, así como tampoco restringido el comportamiento hacia el medio ambiente. Es por ello que en los albores de este siglo, con onda desolación estamos empezando a darnos cuenta de los grandes daños, abusos y excesos que la especie humana ha cometido en contra de la naturaleza, pues se transgredió de modo radical el entorno natural, ha ocasionado una crisis ambiental provocando inesperados cambios climáticos. Así pues, es necesario un recobrar analítico de la conciencia para percatarnos de los grandes estragos que hemos causado por largo tiempo al medio ambiente. Dicho razonamiento debe conducirnos a una redefinición del *modus vivendi* urbano y a un actuar más medido y ético hacia el medio ambiente.

Políticas sostenibles

Uno de los principales objetivos que debe pretender alcanzar toda administración política es la satisfacción de las necesidades primarias de la población por medio de la construcción de los servicios básicos de infraestructura que ésta requiere (agua, drenaje, energía, vías de comunicación, etc.). El mantenimiento y la calidad de éstos han sido tradicionalmente un

importante indicativo del nivel de desarrollo de las sociedades humanas, de tal forma que aquella comunidad que no cuente con ellos es considerada, en términos económicos y políticos, subdesarrollada. Debo agregar que el éxito o fracaso del progreso de la sociedad sólo es posible cuando se ha cubierto la primordial necesidad que potencializa y hace posible la realización de toda infraestructura indispensable para alcanzar un desarrollo sostenible de la comunidad, y me refiero a las fuentes de empleo.

Podemos darnos cuenta que uno de los mayores problemas y más grandes retos para nuestro país y sus dirigentes ha sido durante varios años ofrecer empleo a todos los ciudadanos. La solución preferida y la más buscada es traer empresas extranjeras que se vean favorecidas con el uso de la mano de obra de nuestros conciudadanos. Esta solución, aparentemente favorable para la comunidad humana, no considera y mucho menos integra a la comunidad ambiental. Es bien sabido, aunque políticamente no se reconozca, que muchas de las empresas transnacionales no buscan actualmente sólo mano de obra barata, sino un marco legal endeble y gestores que faciliten sus prácticas, poco o nada acordes con medidas ambientales. Empresas como Samsung, SONY, Motorola, etc., se instalan en los países subdesarrollados, en los que el marco legal es endeble, y permite la explotación de mano de obra barata. La permisividad a dichas empresas siempre es dada bajo el mito de que la economía del sitio donde se establezcan se irá a la alza, ya que con ello aumentarán las plazas de trabajo, aunque la mayoría de éstas sólo sea para mano de obra, donde la generalidad de la población más necesitada expone su integridad física, y emocional a cambio de sueldos mínimos (Klein, 2001: 238 y ss). "Las grandes corporaciones electrónicas -advierde Marisa Jacott- llevan más de dos décadas en México y son consideradas como uno de los motores más dinámicos para la inserción de este país en el mercado global. En México se encuentran empresas líderes de la electrónica como Hewlett Packard, IBM, Hittachi, Siemens, Nokia, Sony, Phillips, Panasonic, Samsung, Toshiba, Motorola; y plantas de empresas manufactureras como Jabil Circuits, Foxconn, Solectron, Flextronics, Sanmina-SCI y Celestica, cuyo crecimiento deviene del auge de los procesos de subcontratación." (2005) Todas estas empresas son las encargadas de aumentar los índices de CO2 en la atmósfera, y de explotar -antes que la población misma- la mayor parte de los recursos energéticos del país.

Hay que agregar además, que en el proceso, desde la fabricación de electrónicos hasta que son desechados por el comprador, existen problemas realmente graves, donde la falta de

conciencia, tanto de la *marca* que los maquila como de los consumidores que compran desafortunadamente productos electrónicos de todo tipo (celulares, estereos para auto, *ipods*, portátiles, pantallas, etc.), conlleva graves secuelas en los obreros que trabajan en la fabricación o ensamble de dichos productos, así como hacia el medio ambiente. Además, el problema no termina ahí, debido a que cuando el producto deja de utilizarse y es desechado, la capacidad contaminante del artefacto persiste, y es así como cada año aumentan aceleradamente las toneladas de basura electrónica, de la cual se desprenden en nuevas y distintas formas los químicos tóxicos empleados en su fabricación, produciendo de esta manera un doble daño: al medio ambiente y a la salud de los habitantes de las poblaciones aledañas a los lugares de hacinamiento de estos desechos. Estos hechos nos muestran claramente como “la práctica política contemporánea transita desfasada de los avances científicos y tecnológicos y de los nuevos paradigmas éticos y filosóficos encabezados por el concepto de *desarrollo sustentable*” (Toledo, V., 2003:131).

Ahora bien, la pregunta es ¿Realmente combatir la pobreza tiene como requisito destruir el patrimonio natural? (Lezama J. L., 2001: 256). Sin duda alguna en los debates contemporáneos está presente el dilema ¿desarrollo (entendido como sostenibilidad económica en beneficio de la comunidad humana) o sustentabilidad (que debe de incluir a la comunidad humana y a la comunidad natural)? Es un hecho que la sociedad requiere y necesita fuentes de empleo, que se convierten en ingreso económico y sustento personal y de sus familias. La mayor parte de las veces no les importa a los empleados si la empresa está o no legalmente constituida, si está registrada en Hacienda y en el Seguro Social, con qué tipo de derechos se cuenta al ingresar en ella, y menos aún si es una empresa responsable con el medio ambiente; lo que la gente necesita es un salario para pagar donde vivir, qué comer, qué vestir y, si se puede, para mandar a los hijos a la escuela. Los candidatos a puestos políticos toman inescrupulosamente esta necesidad real como bandera en sus campañas y ofrecen “desarrollo” para la comunidad, pero como ya se dijo, y como ya se sabe, el costo ambiental a la larga resulta más elevado. Marti Boada, en su ensayo *Sociedad urbana y medio*, comenta al respecto que “Tal como lo dijo un sabio ecólogo, el drama de nuestros sistemas naturales (entiéndase ambiente) es que no sigue los ciclos electorales, que son como máximo de cuatro años, sino que siguen ciclos mucho más largos y complejos.” (2003:79).

Enrique Leff señala con más dureza las consecuencias de esta falta de equilibrio entre la economía social y la economía ambiental.

La deuda ecológica pone al descubierto la parte más perversa, y hasta ahora oculta, del intercambio desigual entre países ricos y pobres, es decir, la destrucción de la base de recursos naturales de los países "subdesarrollados", cuyo estado de pobreza no es consustancial a una esencia cultural o a su limitación de recursos, sino que resulta de su inserción en una racionalidad económica global que ha sobreexplotado su naturaleza, degradado su ambiente y empobrecido a sus pueblos. Esta deuda ecológica resulta inconmensurable, pues no hay tasas de descuento que logren actualizarla ni instrumento que logre medirla (2004:257).

Esta pérdida de conciencia en la relación hombre-mundo es originada en la modernidad que convirtió al mundo en objeto de estudio, el cual podía ser explicado por la racionalización o bien, en fuente de recursos para la producción de bienes materiales. El mundo dejó de ser de esta manera, "la madre tierra" para pensarse como un "artefacto mecánico" compuesto y movido por una serie de engranes y resortes en completa armonía. Esta idea modificó sustancialmente la imagen tradicional que teníamos del mundo como algo sagrado. A partir de entonces la incesante búsqueda de progreso condujo a la especie humana a un desenfrenado deseo de descubrir y controlar ese mecanismo encargado generador de vida. Ese ímpetu inexorable a revertido su fuerza contra nosotros, pues lo que hemos llamado desarrollo, convertido en formas de bienestar y confort, muestra su insustentabilidad ambiental y por lo tanto su sostenibilidad social.

A partir de los años 60 este clima de adversidad hacia la naturaleza empieza a ser cuestionado en todos los ámbitos humanos: social, científico y político y la naturaleza se convierte en un referente para la toma de decisiones, especialmente políticas. La naturaleza deja de ser un objeto de dominación para pasar a ser un cuerpo de seducción. Pensadores de todos los ámbitos empiezan a sentirse atraídos por la reflexión ambiental y elaboran propuestas y teorías en defensa del medio ambiente, en las que enfatizan la necesidad que los seres humanos tenemos de cuidar y respetar los recursos naturales, ya que éstos son los entes posibilitadores de nuestro planeta. No podemos seguir siendo escépticos de la problemática ambiental que tenemos que enfrentar hoy día todos los ciudadanos de este planeta, por lo cual debe parecer imposible pensar que los principales agentes de la toma de decisiones (políticos, empresarios, académicos) no incorporen en sus áreas laborales estrategias y acciones de carácter ambiental.

Las distintas cumbres que se han llevado a cabo a partir de los años setentas (Estocolmo 1972, Nairobi 1982, Río 1992, Johannesburgo 2002) han puesto en primer plano el compromiso actual que se tiene de salvaguardar los recursos del planeta, para las generaciones futuras. En estos encuentros se ha enfatizado que no puede seguirse viendo con optimismo el dominio que el hombre ha ejercido sobre los ecosistemas de manera irracional. Por ello se ha considerado seriamente que la solución para frenar este desquiciamiento humano, es educar a la población mediante programas de alfabetización ambiental.

El intento de alfabetización ambiental que proponen las administraciones gubernamentales, concretamente en nuestro país, consiste en dar a la población una serie de mensajes, por conducto de los principales medios de comunicación, a través de los cuales invitan a “cuidar”, “respetar”, “no dañar” los recursos naturales y el medio ambiente. Éstos, a mi parecer, son sólo cortinas de humo, y me atrevo a garantizar que no logran su cometido debido a que, de conseguir algún impacto, éste se establece en las capas más superficiales del conocimiento, sin llegar a calar en lo más profundo de la conciencia epistemológica y escasamente ética. Si realmente se quiere que la población tome con seriedad el problema medio ambiental es necesario enseñarle, de manera explícita y clara, cómo puede ocasionar un impacto menor mediante la moderación de todo lo que consume así como de todo lo que desecha, es decir, no basta con pedirle que “cuide y ahorre”, si no que es imprescindible que se le diga, como a los niños, cómo, para qué y porqué, de manera que esta información sirva para sacarlo de su analfabetismo ambiental y encaminarlos hacia una concientización ecológica mediante un proceso de alfabetización ambiental.

Alfabetización ambiental sustentable vs analfabetismo sostenible.

Es un hecho que hoy día prácticamente todo el mundo tiene conciencia de la problemática ambiental; sin embargo, ésta se encuentra fragmentada, debido a las múltiples explicaciones y modos de entenderla. “La población conoce lo que es basura, asfalto, pero no entiende la cuestión ambiental en su significación más amplia” (Gadotti, M. 2002:81). Se habla, se dice, se comenta, se escucha, se invita, pero no se entiende hacia dónde se dirigen los esfuerzos, de manera que “La crisis ambiental actual no es sólo una crisis de recursos, es también de comprensión de los fenómenos del entorno, un reto a la interpretación del mundo bajo una nueva perspectiva científica, metodológica y epistemológica” (Flor, J. I., 2006: XXIV). Nos

encontramos con un “saber” disperso y fragmentado, cuya única coincidencia es su presencia en el discurso colectivo. En palabras de Leff: “Las ideas fundamentales de la ecología política están cimentadas aún en metáforas, en nociones frágiles e inestables, contradictorias y polisémicas, en términos sugerentes pero sin suficiente consistencia conceptual” (2004:259). Frente a este panorama, una de las primeras tareas que tiene que enfrentar el discurso ambiental es el acuerdo semántico entre las diversas ciencias y campos disciplinarios del saber, desconstruyendo los significados tradicionales para redefinirlos en un nuevo contexto multidisciplinario.

¿Qué se entiende por desarrollo sostenible y qué por desarrollo sustentable? El término desarrollo sostenible fue acuñado en 1987 en la obra titulada *Nuestro futuro común* publicada por la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, en la que se explica que con este concepto debe entenderse un desarrollo que permite satisfacer las necesidades de las sociedades actuales mediante la explotación racional de los recursos naturales sin que esto constituya una amenaza para el bienestar, presente y futuro de la humanidad, ofreciendo a su vez una calidad de vida adecuada. Esto sólo es posible con “acciones políticas decididas que permitan desde ya el adecuado manejo de los recursos ambientales para garantizar el progreso sostenible y la supervivencia del hombre en el planeta” (www.ayto-toledo.org). Dichas acciones deben ir acompañadas de diferentes cambios tecnológicos y principalmente ideológicos, debido a que se debe dejar atrás el paradigma antropocéntrico en el cual el hombre se instaura como el ser más importante de la Naturaleza, con la suficiente autoridad para controlar y dominar a todas las especies; sin embargo, esta potestad avasalladora ha conducido al debilitamiento y a un martirio agonizante del planeta. Es urgente que los seres humanos actuales modifiquemos ese modelo de superioridad frente a la Naturaleza y busquemos la manera de armonizar nuestro desarrollo de manera integral con el Medio Ambiente.

Ahora bien, no se puede hablar actualmente de desarrollo sin que este concepto esté, implícita o explícitamente, acompañado de una práctica y aplicación científica y tecnológica, las cuales son a su vez responsables, mediante el uso indebido que el ser humano a hecho de estos conocimientos, del deterioro ambiental, pues el criterio para su uso ha hecho de lado el problema de los costes externos, es decir, aquellos gastos económicos que produce la contaminación, tanto en la manufactura como en el desecho y hacinamiento de los productos, vertiéndolos solamente en la naturaleza y obligando a las instituciones

gubernamentales, mediante un reclamo y coste social, a que se hagan cargo de ellos, absolviendo a la industria de este coste, económico y ambiental. Este paradigma empresarial, sustentado además teóricamente por toda una teoría neoliberal, fue el empleado durante todo el siglo XX e hizo posible el desarrollo sostenible de todas las industrias, pero provocó un claro empobrecimiento ambiental y humano.

El discurso del desarrollo sostenible es actualmente muy cuestionado, pues se ha mostrado que mediante él sólo se pretende justificar una nueva forma teórica de explotar los recursos naturales, pero que en la práctica, no se cumple. A este discurso se opone el del desarrollo sustentable. El origen de la ambivalencia entre sostenible y sustentable radica, como ya lo ha hecho notar Enrique Leff, en que el concepto *sustainability* “integra dos significados: el primero, traducible como *sustentabilidad*, implica la incorporación de las condiciones ecológicas -renovabilidad de la naturaleza, dilución de contaminantes, dispersión de desechos- del proceso económico; el segundo, que se traduce como *sostenibilidad*, implica perdurabilidad en el tiempo del proceso económico” (2004:103).

Partiendo de esta distinción entre ambos conceptos, podemos darnos cuenta que lo que conviene a las corporaciones es defender y justificar procesos productivos sostenibles, sin embargo, lo que la sociedad debe de exigir a los políticos es que demanden a la clase empresarial un desarrollo sustentable que sea armónico con la sociedad y el medio ambiente, es necesario dar a conocer y hacer entender a las personas la diferencia entre estas dos concepciones de desarrollo solo de esta manera se puede dejar de ser ciego, ignorante, analfabeta en cuanto los compromisos que todos tenemos con el medio ambiente.

Una vez entendida la diferencia entre lo que significa un desarrollo sostenible y uno sustentable, se puede pasar a una educación ambiental que se proponga enfrentar la crisis ambiental por medio un trabajo multidisciplinar integral mediante la construcción de programas educativos que impulsen el desarrollo moral requerido para coadyuvar a enfrentar y prevenir el deterioro ambiental. En este sentido la educación ambiental es un proceso contracultural que busca instaurar un nuevo discurso y nuevos modelos de participación activa integradora global e intergeneracional.

Una cuestión de suma importancia es que no debe entenderse la educación ambiental como un asunto pueril que sólo deben aprender y poner en práctica los niños, delegando con esto la responsabilidad en grado excesivo a las nuevas generaciones, sino que es una obligación para todos, debido a que, tal y como se están presentando los impactos del calentamiento global, no quedaría tiempo para que las generaciones que están por venir solucionen aquello que tal vez ya no tendrá remedio. Es por ello que “la educación ambiental tiene que llegar de manera urgente a toda la sociedad adulta, que es la que, en último término, toma las decisiones e interviene de forma activa sobre el medio.” (Boada, M., 2003:99).

Moacir Gadotti, discípulo distinguido de Paulo Freire, utiliza un término afín a lo que en este trabajo llamamos alfabetización ambiental, él la llama *ecopedagogía* que “es una pedagogía para la promoción del aprendizaje del sentido de las cosas a partir de la vida cotidiana (2002:69). En este trabajo nos unimos a su propuesta en el sentido que ya se ha mencionado de que la “ecopedagogía no es una *pedagogía escolar*. No se dirige sólo a los educadores, sino también a todos los habitantes de la tierra en general [...] la ecopedagogía pretende ir más allá de la escuela: busca comprometer a toda la sociedad (Ibidem: 84).

“La ecopedagogía pretende desarrollar una *nueva mirada* sobre la educación, una *mirada global*, una nueva manera de ser y estar en el mundo, un modo de pensar a partir de la vida cotidiana, que busca sentido a cada momento, en cada acto, que ‘piensa la práctica’ evitando la burocratización de la mirada y del comportamiento (Ibidem:72).

“La ecopedagogía no sólo quiere ofrecer una nueva visión de la realidad. Pretende además reeducar la mirada [...] Reeducar la mirada significa desarrollar la aptitud de observar la presencia de agresiones al medio ambiente, crear hábitos alimentarios nuevos, observar el desperdicio, la contaminación sonora, visual, la polución del agua y del aire, etc. e intervenir en el sentido de reeducar al habitante del planeta” (Ibidem:115).

Me permito citar de manera abundante a Gadotti, pues a mi parecer expresa de manera clara el camino que debemos de seguir todos los involucrados en el ámbito educativo, y más aun, todos los que estamos interesados en dar a conocer la urgencia de la toma de conciencia de la catástrofe que está por venir en nuestro planeta si no hacemos nada y continuamos por el mismo camino del uso y despilfarro de los recursos naturales. Por eso también trato de ser muy enfático en que la educación ambiental, y más urgente todavía la alfabetización

ambiental, debe involucrar a todas las personas, ya que tal y como se están presentado los problemas ambientales, es más apremiante educar a los adultos que a los niños, pues como bien sabemos, éstos aprenden más imitando a los adultos que por un proceso de racionalización escolar institucionalizada, la cual, en estos temas, queda en el ámbito meramente teórico; por ello debe ser substancial la alfabetización ambiental de los adultos, pues nosotros somos los modelos a seguir.

Alfabetización ambiental en la ciudad.

Para que la alfabetización ambiental pueda darse deben crearse los espacios y las condiciones necesarias para dar inicio a este ambicioso proyecto. Como ya se dijo esta alfabetización no estaría dirigida a los niños, sino que los principales receptores de ella deben ser los adultos. Para ello es necesario que las principales instituciones sociales (gobiernos, empresas, escuelas, familias) generen y promuevan formas de conducta moral en las que integren no sólo a los otros, sino también a lo Otro, es decir, ser respetuosos y responsables con todos los seres vivos con los que compartimos este planeta. A partir de lo dicho, considero que la asignatura más urgente, para todas las instituciones sociales ciudadinas, es tratar de que sus pobladores tomen una conciencia clara de la deuda permanente que tienen con la Naturaleza, para lo cual es necesario que se promueva en todos los ciudadanos (una nueva ética de respeto y compromiso con el medio, a través del uso conciente de lo que se consume, debido a que se ve a los refrigeradores y a los estantes de las tiendas como los suministradores de nuestro sustento diario, sin percatarse de que atrás de cada producto que consumimos y desechamos está presente todo un aparato económico monetario que, hasta el momento, ha sido poco o nada responsable de la economía ambiental, ya que ha explotando a la naturaleza por encima de su capacidad de dar y recibir.

Esta situación nos hecho creer que las industrias son las principales responsables de la contaminación ambiental y a su vez ellas son las que deben reparar los daños. Juicios de este tipo son utilizados por la mayoría de los ciudadanos para liberar su responsabilidad civil de los problemas ambientales; pero, la realidad es que todos somos *contaminadores industriales* y todos debemos responder y tratar de poner una solución. Necesitamos aprender a comprar y a consumir solamente lo necesario, ahorrar la mayor cantidad de agua y energía que sea posible, conocer a dónde van a parar los desechos que generamos y el impacto ambiental que tienen para ser sumamente cuidadosos con ellos separándolos y

clasificándolos, así como llevar varios de éstos “desperdicios” a los centros de acopio. Todas y cada una de estas acciones deben ir acompañadas de una conciencia sumamente clara del cómo, del para qué y porqué se hace, de manera que conserven su sentido libre y voluntario convirtiéndolos en actos plenamente éticos vs. prácticas conductistas farsantes en las que sólo privan el interés o el miedo

Tenemos que dejar atrás la construcción de ciudades tradicionales, consumidoras de grandes cantidades de energía y generadoras a su vez de colosales montañas de desechos, para instaurar ecociudades en las que se promueva y fomente el uso de tecnologías limpias (*vid.* Boada, M., 2003:78). Sin duda alguna la responsabilidad de este cambio a de generarse desde la cúpula política, la cual debe elaborar un marco legal que sancione toda conducta que vaya en contra del medio ambiente, a su vez debe promover la participación ciudadana en cualquier campaña que realice acorde con las condiciones locales, pero principalmente crear una conciencia entre todos los habitantes de las respectivas localidades que estén a su cargo mediante cursos, impartidos por las instituciones educativas locales, en los que se les den a conocer cuáles son los programas ambientales que se realizan o que están por realizarse en su comunidad, de tal manera que los esfuerzos se encaminen conjuntamente y haya una participación solidaria entre políticos, empresarios y ciudadanos, pues sólo de esta forma pueden concretarse los compromisos que como seres humanos tenemos con el medio ambiente.

Conclusión

El cambio climático, y las implicaciones que éste tiene es un hecho cada vez más evidente, frente al que no podemos fingir ser ciegos debido al grave desafío climatológico que enfrenta el planeta del cual todos somos responsables, y tampoco ya no podemos continuar por el camino de la indiferencia.

Las sociedad civil debe comprometerse a modificar su actitudes ambientales y especialmente tener la responsabilidad de consumir lo necesario y evitar el despilfarro. Debemos dejar de ser cómplices de la insensatez política y empresarial que sólo miden su progreso en términos ego-económicos. Es necesario ser selectivos con la mercancía que se opte por consumir, evitando comprar productos provenientes de todas aquellas empresas inmorales que transgreden de manera inconciente el medio ambiente y por lo tanto carecen de un compromiso social.

Como ya lo han señalado los diferentes informes de las diferentes cumbres sobre el medio ambiente, un parte fundamental para generar el cambio en las actitudes humanas y con ello frenar el calentamiento global es la educación ambiental que enseñe a cada uno de nosotros a mesurar el modo de consumir, evitando generar de sobremanera desechos plásticos, baterías, aparatos electrónicos, pero también es necesario ante todo dar uso prolongado a los aparatos electrónicos, reutilizar y reciclar como parte una tarea individual para salvar el planeta azul.

Bibliografía citada:

Baudrillard, J. (1997). *La transparencia del mal*. 4ª. España: Anagrama.

Boada, M. (2003). "Sociedad urbana y medio" en *El planeta, nuestro cuerpo. La ecología, el ambientalismo y la crisis de la modernidad*, México: FCE, SEP, CONACYT.

Flor, J. I. (2006). *Hablemos del medio ambiente*. España. Pearson.

Fromm, E (1970). *La revolución de la esperanza*. México: FCE.

Gadotti, M. (2002). *Pedagogía de la tierra*. México: Siglo XXI.

Heidegger, M. (1956). "La pregunta por la técnica" en: *Heidegger en castellano*.
<http://www.heideggeriana.com.ar/>

Jacott, M. (2005) "Tóxicos en la industria electrónica". En:
<http://www.greenpeace.org/raw/content/mexico/prensa/reports/el-lado-oscurο-de-la-industria.pdf>

<http://www.ayto-toledo.org/medioambiente/a21/BRUNDTLAND.pdf>

Klein, N. (2001). *No logo. El poder de las marcas*, España: Paidós.

Leff, E. (2004). *Racionalidad ambiental*, México: Siglo XXI.

Sartori, G. (2003). *La tierra explota*, México: Taurus.

Toledo, V. (2003). "El desafío planetario: integrar lo Urbano lo rural y lo natural" en *El planeta, nuestro cuerpo. La ecología, el ambientalismo y la crisis de la modernidad*, México: FCE, SEP, CONACYT.